

Firelight

Chica de fuego

Cuando observé el lago en calma, supe que el riesgo había valido la pena. El agua estaba tranquila y serena como un cristal reluciente. Ni una leve brisa ondulaba la superficie oscura. Una bruma flotaba a poca altura delante de las montañas líquidas y se recortaba contra el cielo púrpura. Respiré con entusiasmo y el aire pasó entre mis labios con un temblor. En instantes, saldría el sol.

Azure llegó sin aliento y no se molestó en poner el soporte de la bicicleta, que se desplomó con estrépito en el suelo, junto a la mía.

—¿No escuchaste que te llamaba? Sabes que no puedo pedalear tan rápido como tú.

—No quería perderme esto.

Finalmente, el sol se asomó por encima de las montañas formando una fina línea roja y dorada alrededor del lago en penumbra.

A mi lado, Azure suspiró y me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo que yo: imaginándose la sensación de la luz de la mañana sobre la piel.

–Jacinda, no deberíamos estar aquí –dijo, pero su voz carecía de convicción.

Hundí las manos en los bolsillos y me balanceé sobre los pies.

–Tienes tantas ganas como yo de hacer esto. Mira ese sol.

Antes de que Azure continuara refunfuñando, me quité la ropa y la escondí entre los arbustos. Luego me acerqué temblando al borde del agua, pero no a causa del frío de la mañana. La excitación estremecía todo mi cuerpo.

La ropa de Azure cayó al piso.

–A Cassian no le va a gustar esto –comentó.

La observé con el ceño fruncido. Como si me importara lo que él fuera a pensar. No es mi novio, aunque me hubiera atacado por sorpresa el día anterior durante las Tácticas para Vuelos de Evasión y hubiera intentado tomarme la mano.

–No arruines este momento. No quiero pensar en él justo ahora.

Esa pequeña rebelión era en parte para alejarme de él. De *Cassian*. Siempre rondándome. Siempre cerca. Contemplándome con sus ojos oscuros. Esperando. Que Tamara se quedara con él. Me pasaba el día rogando que la quisiera a ella, que la familia la eligiera en mi lugar. Cualquiera menos yo. Suspiré y sentí un escalofrío. Detestaba que ellos no me dejaran elegir.

Pero todavía faltaba mucho tiempo para resolver esos asuntos. No tenía por qué pensar en eso aún.

–Vamos.

Relajé mis pensamientos y comencé a absorber todo lo que vibraba a mi alrededor. Las ramas con sus hojas grises y verdosas, los pájaros ruidosos ante el amanecer. La neblina húmeda envolvió mis pantorrillas. Flexioné los dedos de los pies en el suelo áspero mientras contaba mentalmente la cantidad de piedras que había debajo de ellos. En mi pecho, empecé a experimentar esa fuerza tan conocida. Mi apariencia humana se evaporaba, se desvanecía, y era reemplazada por la gruesa piel de draki.

Mi rostro se puso tenso, las mejillas se afilaron y se desplazaron sutilmente. Mi respiración cambió con el movimiento de la nariz, que se proyectó hacia adelante, separándose del puente. Los miembros se aflojaron y se alargaron. El avance de los huesos resultaba muy agradable. Levanté la cara hacia el cielo. Las nubes se transformaron en algo más que manchas grisáceas. Las veía como si ya estuviera planeando a través de ellas. Sentí que la frescura de la condensación abrazaba mi cuerpo.

No me tomó demasiado tiempo. Era, tal vez, una de mis manifestaciones más rápidas. Con el pensamiento claro y libre, y nadie cerca salvo Azure, todo era más fácil. Ni Cassian con su mirada reflexiva, ni mamá con temor en los ojos, ni ninguno de los otros escrutando, juzgando, evaluando.

Observándome siempre.

Las alas crecieron, apenas más largas que mi espalda. El sutil material pugnaba por revelarse. Se desplegaron en el aire con un leve susurro, casi un suspiro, como si ellas también buscaran escapar, liberarse.

Un zumbido familiar comenzó a subir por mi pecho, como un ronroneo. Me di vuelta para mirar a Azure. Estaba a mi lado, lista y hermosa. Azul iridiscente. En la creciente luz, percibí matices de rosa y púrpura ocultos en el azul profundo de su piel draki. Nunca antes los había notado.

Los vi por primera vez en ese momento, al amanecer, a punto de remontar vuelo, cuando la familia lo prohibía. Por la noche uno se perdía tantas cosas...

Eché una mirada hacia abajo y admiré el brillo dorado-rojizo de mis brazos lustrosos. Los pensamientos se dispararon. Recordé un trozo de ámbar de la colección familiar de piedras preciosas. Mi piel luce igual, como ámbar del Báltico atrapado entre los rayos del sol. Pero las apariencias a veces engañan. A pesar de que se ve delicada, mi piel es dura como una coraza. Hacía mucho que no me contemplaba de esa manera. Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que sintiera el sol en mi piel.

Azure ronroneó suavemente junto a mí. Nuestras miradas se encontraron—los iris agrandados y las pupilas oscuras y verticales— y supe que sus quejas habían concluido. Me miró fijamente con sus ojos de un azul brillante, tan

feliz como yo de encontrarse ahí. Aun cuando hubiéramos roto todas las reglas del clan para escabullirnos de la zona protegida, éramos libres.

Me paré sobre la punta de los pies y salté. Mis alas se sacudieron bruscamente, las membranas ásperas se estiraron mientras me levantaban por el aire.

De un giro, comencé a volar.

A mi lado, Azure reía con un sonido grave y gutural.

El viento soplaba sobre nosotras y el dulce resplandor del sol nos acariciaba la piel. Una vez que estuvimos a una altura suficiente, ella se dejó caer. Descendió en picada por el aire y viró velozmente hacia el lago.

Hice una mueca.

—¡Presumida! —le grité. El sonido ronco del habla draki vibró en lo profundo de mi garganta mientras ella se zambullía en el lago y permanecía varios minutos bajo la superficie.

Como es una draki de agua, cada vez que se sumerge le brotan branquias a los costados del cuerpo, que le permiten permanecer sumergida... bueno, para siempre, si ella quisiera. Es uno de los útiles y variados talentos que nuestros ancestros dragones han adquirido para lograr sobrevivir. Por supuesto que no todos podemos hacer eso. *Yo no puedo.*

Sin embargo, tengo otras habilidades.

Sobrevolé el lago esperando que Azure emergiera. Con una brillante rociada de agua, atravesó la superficie. Su cuerpo añil se veía radiante en el aire mientras arrojaba con las alas una lluvia de gotas.

—Increíble —repuse.

—¡Ahora te toca a ti!

Sacudí la cabeza y partí otra vez. Ignorando las exhortaciones de Azure —*¡hazlo, es genial!* —, descendí a toda velocidad a través de la masa de montañas.

Mi talento ciertamente *no* es genial. Daría cualquier cosa por cambiarlo y ser una draki de agua o una visiocríptica o una ónix, o... la lista es realmente larga. En cambio, yo soy esto.

Exhalo fuego. Soy la única draki de fuego en la familia en más de cuatrocientos años. Esa habilidad me ha hecho más popular de lo que

me hubiera gustado. Desde que me manifesté, a los once años, he dejado de ser Jacinda. En su lugar, soy *lanzallamas*. Un tema que ha hecho que la familia tome decisiones sobre mi vida como si tuviera el derecho de controlarla. Son peores que mi madre.

De pronto escuché algo más allá del silbido del viento y del murmullo de la bruma en las cumbres nevadas. Un sonido débil y distante.

Agucé los oídos, me detuve y permanecí sostenida en el aire denso.

Azure ladeó la cabeza; sus ojos de draki parpadearon mientras observaban atentamente.

—¿Qué es? ¿Un avión?

El ruido fue aumentando con rapidez, hasta volverse constante.

—Deberíamos descender.

Con un movimiento afirmativo, se lanzó hacia abajo. Salí detrás de ella y, al echar un vistazo hacia atrás, solo alcancé a distinguir los picos recortados de las montañas. No obstante, oía algo más, y también podía sentirlo.

Continuaba acercándose. El sonido nos acosaba.

—¿Volvemos al lugar donde dejamos las bicicletas? —preguntó Azure. Su pelo negro con mechones azulados ondeaba como una bandera al viento.

Vacilé. No quería que ese momento se terminara. ¿Quién sabía cuándo podríamos escaparnos nuevamente? El clan me vigilaba muy de cerca, Cassian siempre estaba...

—¡Jacinda! —exclamó Azure señalando hacia el aire con uno de sus dedos azules tornasolados.

Miré en esa dirección y el corazón se me paralizó.

A lo lejos, un helicóptero rodeaba una montaña baja; al principio se veía muy pequeño, pero su tamaño aumentaba al aproximarse a través de la neblina.

—¡Vamos! —grité—. ¡Lánzate!

Con las alas pegadas al cuerpo, me arrojé a través del viento con las piernas estiradas como flechas, el ángulo perfecto para ganar velocidad.

Pero sin la rapidez suficiente.

Las paletas del helicóptero golpeaban el aire frenéticamente. *Eran cazadores.* Mientras volaba más velozmente que nunca, el viento me azotaba los ojos.

Azure venía a mis espaldas. Miré hacia atrás y le grité que se apurara. Alcancé a ver la oscura desesperación en sus ojos líquidos.

Las drakis de agua no están diseñadas para volar aceleradamente y ambas lo sabíamos. Cuando su voz se crispó en un sollozo, comprobé que ella lo recordaba muy bien.

—¡Estoy intentándolo! ¡Espérame! ¡Jacinda! ¡No me dejes!

Detrás de nosotras, el helicóptero seguía avanzando. Un terror amargo inundó mi boca cuando otros dos se unieron a él, aniquilando mi esperanza de que se tratara de una máquina inocente encargada de tomar fotos aéreas. Era un escuadrón y nos estaba persiguiendo.

¿Es esto lo que le ocurrió a papá? ¿Acaso sus últimos momentos fueron así?, me pregunté. Sacudí la cabeza y alejé esos pensamientos. *Yo no voy a morir hoy*, me dije. Y no despedazarían mi cuerpo ni lo venderían en partes.

Hice una seña hacia las copas de los árboles que se aproximaban.

—¡Allí!

Nunca volábamos bajo, al ras del suelo, pero no teníamos alternativa.

Azure se lanzó zigzagueando detrás de mi estela. Desesperada, se arrastró junto a mí mientras lograba eludir por muy poco los árboles resplandecientes. Frené y me coloqué en posición. Mi pecho subía y bajaba entre jadeos feroces. En medio del ruido ensordecedor, los helicópteros silbaban encima de nuestras cabezas, agitando los árboles hasta convertirlos en una inmensa espuma verde.

—Deberíamos replegarnos —dijo Azure con la respiración entrecortada.

Como si fuera tan fácil. Estábamos demasiado asustadas y no podemos volver a la forma humana en estado de miedo. Es un mecanismo de supervivencia de la especie. Nuestra esencia es draki, de allí proviene nuestra fuerza.

Levanté la mirada a través del entramado de ramas que se sacudían y nos servían de protección, y el aroma a pino y bosque invadió mi nariz.

—Yo puedo dominar mi cuerpo —insistió Az en nuestra lengua gutural.

—Aunque lo lograras, sería muy riesgoso. Tenemos que permanecer así. Si encontrarán a un par de chicas aquí... después de haber divisado dos dragones hembras, sospecharían —un puñetazo frío me lastimó el corazón. No podía permitir que eso ocurriera. No solo por mí, sino por todos los drakis existentes. El secreto de nuestra habilidad para transformarnos en humanos es nuestra gran defensa.

—¡Si no estamos en casa en una hora, tendremos problemas!

Me mordí el labio para no responderle que teníamos mayores preocupaciones que el hecho de que la familia se enterara de que nos habíamos escapado sin permiso. No quería asustarla más de lo que estaba.

—Tenemos que escondernos durante un...

Otro sonido penetró el batir de las paletas del helicóptero: un zumbido grave en el aire. Sentí un cosquilleo entre los diminutos vellos de mi nuca. Allá afuera había algo más. Abajo, en la tierra. Aproximándose.

Mientras mis largos dedos como garras se abrían y cerraban, y las alas vibraban con un movimiento apenas controlado, levanté la vista hacia el cielo. El instinto me impulsaba a volar, pero yo sabía que estaban allá arriba acechando, dando vueltas en círculo como halcones. A través de las copas de los árboles, espí sus siluetas oscuras. Mi pecho se puso tenso. No pensaban marcharse.

Le hice una señal a Az para que me siguiera por las ramas de un pino muy elevado. Con las alas plegadas sobre el cuerpo, nos deslizamos entre las agujas punzantes que nos rasgaban la piel. Contuvimos la respiración y esperamos.

De golpe, la tierra cobró vida y se pobló de un enjambre de vehículos: camiones, camionetas 4x4, motocicletas todoterreno.

—¡No! —exclamé con un sonido áspero al ver las máquinas y los hombres armados hasta los dientes. En un tráiler había dos tipos agachados y listos frente a un gran lanzador de redes. Eran cazadores experimentados: sabían lo que hacían y conocían a su presa.

Az temblaba tanto que la gruesa rama en la que estábamos agazapadas comenzó a sacudirse y las hojas crujieron. Le apreté la mano. Las motos

avanzaban en primer lugar, a una velocidad vertiginosa. El conductor de una de las camionetas hizo señas a través de la ventanilla.

—Miren esos árboles —gritó. Su voz era profunda y aterradora.

Az se movió nerviosamente y le oprimí la mano con más fuerza. Había una motocicleta justo debajo de nuestro escondite. El conductor llevaba una camiseta negra pegada a su cuerpo joven y musculoso. Mi piel se estiró de forma lacerante.

—No puedo quedarme aquí —anunció Az a mi lado, con la voz ahogada—. ¡Tengo que irme!

—Az —gruñí. Mi tono bajo y sordo sonó ferviente y desesperado—. Eso es lo que ellos quieren. Están tratando de hacernos salir. Cálmate.

Sus palabras brotaron violentamente a través de los dientes apretados.

—No puedo.

Me sobrevino un sensación desagradable en las tripas y supe que ella no iba a resistir.

Al observar la actividad que se desarrollaba en el suelo y los helicópteros que rasgaban el cielo, tomé una decisión.

—Muy bien —dije y tragué saliva—. Este es el plan. Nos separamos...

—No...

—Yo salgo primero. Después, una vez que ellos comiencen a perseguirme, tú te diriges hacia el agua, te sumerges y te quedas ahí. Todo el tiempo que sea necesario.

Sus ojos oscuros emitían destellos húmedos; las líneas verticales de sus pupilas palpitaban.

—¿Entendiste? —le pregunté.

Ella asintió con inquietud y los orificios de su nariz se contrajeron con una inhalación profunda.

—¿Q-qué vas a hacer?

Lancé una sonrisa forzada y una mueca de temor se dibujó en mi rostro.

—Volar, por supuesto.

Cuando tenía doce años le jugué una carrera a Cassian y le gané. Fue durante el vuelo grupal. De noche, obviamente, el único momento en que estamos autorizados para volar. Cassian había estado comportándose de manera arrogante y alardeando, y yo no había podido evitarlo. De niños solíamos ser amigos, antes de que ninguno de los dos se manifestara. Pero después se convirtió en un chico insoportable y yo no podía tolerar verlo actuar como si fuera una bendición para nuestra familia.

Antes de que me diera cuenta, ya estábamos volando por el cielo nocturno, con los gritos de aliento de papá sonando en mis oídos. Cassian tenía catorce. Es un draki de ónix. Sus músculos son negros y refulgentes, y posee gran potencia. Mi padre también fue un ónix. No solo son los más fuertes y grandes de la especie, sino que también son, en general, los más rápidos.

Excepto aquella noche. Esa vez derroté a Cassian, el príncipe del clan, nuestro futuro macho alfa, entrenado desde su nacimiento para ser el líder, el mejor.

No debería haber ganado, pero así fue. Bajo la luz de la luna, revelé ser todavía más que la preciada lanzallamas del grupo. Más que la niña a la que Cassian llevaba a pasear en su autito de juguete. Después de eso, él cambió. De repente ya no estaba preocupado por ser mejor, sino por ganarse a la mejor, y yo me convertí en el premio.

Durante años lamenté haber vencido en esa carrera; me molestaba la atención extra que había concentrado en mí, y deseé no poder volar con tanta rapidez. Pero en ese momento, mientras mis pies desnudos raspaban la corteza áspera y se preparaban para levantar el vuelo, agradecí tener ese talento. Poder volar con la velocidad del viento.

Az se encontraba detrás de mí, sus dientes castañeteaban y un quejido escapó de sus labios. Entonces, ya no dudé más.

Y simplemente... me fui. Me arrojé del árbol, planeé por el aire con las alas estiradas por encima de la espalda: dos grandes velas de oro resplandecientes.

Los gritos saturaron mis oídos. El ruido de los motores que aceleraban, la superposición de voces de hombres rudos, fuertes y confusas. Volé velozmente entre los árboles con los cazadores pisándome los talones, devorando la tierra con sus vehículos. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al ver que los iba dejando atrás, y me escuché reír.

Luego, el fuego se desató en una de mis alas. Sentí una sacudida, me incliné y me precipité peligrosamente.

Me habían alcanzado.

Me esforcé por mantenerme en el aire con una sola ala, pero solo logré hacer unos pocos movimientos antes de desplomarme hacia el suelo. El mundo se arremolinó a mi alrededor en una llamarada vertiginosa de verdes y marrones exuberantes. Mi hombro chocó contra un árbol y aterricé en el suelo como un bulto, destrozada y sin aliento, con el olor cobrizo de la sangre en la nariz.

Mis dedos se hundieron en la tierra húmeda, y el aroma fértil y penetrante envolvió mi piel. Mi cabeza se sacudía de un lado a otro, la tierra me cubría las manos y se deslizaba a través de mis garras. Con el hombro palpitándome, me arrastré poniendo una palma delante de la otra.

Un sonido mitad gruñido, mitad resoplido, me quemó la garganta. *No me puede pasar a mí*, pensé.

Doblé las rodillas por debajo del cuerpo y probé el ala. La estiré con cuidado sobre la espalda, apretando los dientes para reprimir el grito de agonía que estremeció las duras membranas y penetró profundamente entre los omóplatos. Al tratar de incorporarme, las agujas de pino rasguñaron las palmas de mis manos.

Los oía venir, escuchaba sus voces. Los sonidos de los motores aumentaban y disminuían al subir y bajar las colinas. La imagen del camión con las redes cruzó por mi mente.

Igual que a papá. En ese momento me estaba ocurriendo a mí.

Una vez de pie, plegué las alas contra el cuerpo y salí disparada, corriendo frenéticamente entre la multitud de árboles mientras el ruido de los motores era cada vez más atronador.

Mirando hacia atrás a través del bosque envuelto en la bruma, solté un grito ahogado ante el fulgor borroso de los faros. Tan cerca. El corazón me latía en los oídos. Intentando encontrar un lugar donde esconderme, miré hacia arriba y hacia los costados, y escuché algo diferente: el susurro constante de agua que corría.

En medio de la huida traté de localizar el sonido apoyando los pies suave y silenciosamente en el suelo del bosque. Frené justo a tiempo y me aferré al tronco de un árbol para evitar desplomarme por una pendiente muy empinada. Jadeando, miré hacia abajo. De una pequeña cascada, el agua borboteaba en forma continua y caía en una enorme laguna rodeada por paredes de rocas irregulares.

Sobre mi cabeza sonó un chasquido en el aire. Mi pelo se erizó, el cuero cabelludo se puso tirante, sentí una picazón y salté hacia el costado. El

viento silbó cuando la red se estampó contra el suelo, justo a un lado de donde me hallaba.

—¡Arroja otra más!

Miré el camión por encima del hombro y vi a dos tipos preparando otra red. Las motos rebotaban contra el suelo y los motores aceleraban, persiguiéndome. Los motociclistas observaban el lugar a través de grandes lentes metálicos. Ni siquiera tenían aspecto humano. Eran monstruos. Distinguí las líneas duras y decididas de sus bocas. Las paletas de los helicópteros se reunieron en lo alto, agitando el viento en un remolino furioso que azotó mi pelo.

Respiré profundamente, me di vuelta y salté.

El aire pasó con violencia a mi lado. Era extraño caer a través del viento sin tener la intención de hacerlo, sin la capacidad para elevarme y volar. Pero eso fue lo que hice, hasta que choqué contra el agua.

Estaba tan fría que lancé un alarido y tragué agua mezclada con algas. ¿Cómo hacía Az? Cuando ella se sumergía, parecía tan... placentero, y no esa agonía glacial y penetrante.

Salí a la superficie y di brazadas como perro en un círculo rápido mientras miraba y buscaba... algo, cualquier cosa. Entonces divisé una cueva. En realidad, se trataba de una pequeña saliente justo dentro del muro de roca, pero suficientemente profunda como para refugiarme en su interior, fuera de la vista. A menos que se zambulleran tras de mí.

Nadé hacia ella y logré introducirme con esfuerzo. Me deslicé lo más adentro que pude y me acurruqué como en un ovillo.

Empapada y tiritando, contuve la respiración y esperé. Al poco tiempo, unas voces fuertes congestionaron el aire encima del refugio.

—¡La criatura saltó! —escuché los golpes de las puertas que se cerraban y un escalofrío recorrió mi cuerpo: ya estaban fuera de los vehículos. Dentro de mi cueva sombría, temblé frenéticamente. Mis dedos eran garras sin sangre, que se aferraban a las rodillas lustrosas.

—¡Se sumergió en el agua!

–Tal vez voló –esa frase se escuchó por encima del bramido de las motos todoterreno.

–¡Imposible! No puede volar. Le di en el ala –la satisfacción y la petulancia de su voz me estremecieron, y me froté los brazos con violencia para contrarrestar el frío y el miedo.

–No la veo por aquí abajo.

–Alguien tiene que ir tras ella.

–¡Diablos! ¿Allá abajo? ¡Está helado! Que vaya otro.

–¿Y por qué no tú? ¿Acaso eres gallina?

–Yo iré –la voz profunda, serena y aterciopelada me sobresaltó. No era dura, como las de los demás.

–Will, ¿estás seguro de que puedes encargarte solo?

Mientras esperaba la respuesta, me apreté con más fuerza y deseé ser una draki visiocríptica para poder camuflarme y desaparecer.

Un cuerpo se arrojó al lago en medio de un destello borroso. La entrada fue tan limpia que el agua apenas se movió. *Will*, el de la voz aterciopelada. Sin respirar, me quedé observando el lago y esperando su aparición. En cualquier momento asomaría la cabeza y echaría una mirada a su alrededor. Divisaría la cueva y me descubriría.

Al humedecerme los labios, sentí el ardor de la sangre y el fuego que comenzaba a crecer en mis pulmones. Si fuera necesario, ¿lo haría? ¿Llegaría a usar mi habilidad para salvarme?

Una cabeza rasgó la superficie del lago y sacudió el agua con un movimiento brusco. Su pelo brilló como un casco oscuro sobre su cabeza. Era joven. No mucho mayor que yo.

–¿Estás bien, Will? –le gritó una voz.

–Sí –contestó.

Mi corazón se detuvo ante la repentina cercanía de aquella voz. Sin prestar atención a los rasguños punzantes en mis alas, me interné lo más que pude en la grieta dura. Mientras lo observaba, rogué que su visión no pudiera alcanzarme.

Distinguió la saliente y se quedó rígido, con la mirada apuntando directamente hacia mí.

—¡Hay una cueva!

—¿La criatura está adentro?

La *criatura* era yo.

Mi cuerpo se erizó, trémulo como la cuerda vibrante de un violín, y la piel se contrajo. Las alas comenzaron a palpar con una emoción ardiente, enviando un dolor agudo a través de la membrana herida y hasta la profundidad de la espalda. Me sacudí y me obligué a relajarme.

Con unas brazadas, se aproximó a la cueva.

Lancé humo por la nariz. No había querido hacerlo, pero simplemente... *sucedió*. En general podía manejarlo bien, pero el miedo me había despojado del control. Los instintos de draki se apoderaron de mí.

A medida que se acercaba, el corazón me latía con más velocidad dentro del pecho. Percibí el momento exacto en que me vio. Se paralizó y quedó inmóvil, con los labios rozando el agua.

Nos miramos fijamente.

Tenía que ocurrir. Llamaría a los otros y se abalanzarían sobre mí como hambrientos depredadores. Me acordé de papá y traté de no temblar. Estaba segura de que él no había temblado ni se había acobardado cuando llegó el final. Y yo poseía algo, una defensa que papá no había tenido. *El fuego*.

Entonces se movió y nadó más cerca, desplazándose suavemente. Se le formó un pliegue en la barbilla y algo revoloteó dentro de mi estómago. No parecía duro, como me había imaginado. Ni cruel. Más bien... curioso.

Estiró la mano hacia la saliente y se metió. Conmigo. Había menos de treinta centímetros de distancia entre los dos. Los músculos de sus brazos se tensaron mientras se agachaba y palpaba ligeramente el piso de la cueva. Nos recorrimos con la mirada como dos animales desconocidos que se inspeccionaban por primera vez.

Tragué aire y luché por mantenerlo en el interior de mis caldeados pulmones. El fuego comenzó a arder en mi interior.

No era la primera vez que me enfrentaba a un humano. Los veo constantemente cuando voy de compras al centro con mamá y Tamara. La mayor parte del tiempo yo también tengo aspecto humano, incluso dentro de los límites secretos del grupo. Pero, aun así, lo miré como si nunca en mi vida hubiera visto a un chico. Y, en realidad, me parecía que era la primera vez que veía a uno como él. Después de todo, no se trataba de un tipo cualquiera: era un cazador.

La camiseta negra se adhería a su pecho esbelto como una segunda piel. En nuestra caverna oscura, su pelo mojado se veía casi negro. Seco debía ser más claro. Castaño tal vez, o rubio apagado. Pero fueron sus ojos los que me impactaron. Profundos, bajo cejas tupidas, me atravesaron con una intensidad descarnada, escrutándome entera. Mientras me recorría con la vista, pude imaginarme a mí misma: las alas plegadas en la espalda, asomando sobre los hombros; los miembros suaves y lustrosos que brillaban como el fuego aun en la penumbra de la cueva; el rostro fino de contorno marcado, la nariz levantada; las cejas altas y curvadas, los ojos de dragón: dos líneas negras verticales en el lugar de las pupilas.

Levantó una mano. Ni siquiera me estremecí cuando cerró la palma ancha y tibia sobre mi brazo. Palpando, examinando. La mano se deslizó hacia abajo con suavidad. Seguramente estaba comparando mi piel –piel draki– con la humana. De pronto se detuvo, puso su mano sobre la mía y se apoyó en mis dedos largos como garras. El calor del contacto disparó chispas por todo mi cuerpo.

Él también lo sintió y sus ojos se agrandaron. Eran almendrados e increíbles. Verdes con manchas marrones y doradas. Los colores de la tierra que yo tanto amaba. Esa mirada se posó sobre los mechones húmedos de mi pelo que rozaban el suelo rocoso. Me descubrí deseando que pudiera ver a la chica que había dentro del dragón.

Un sonido escapó de sus labios. Una palabra. La escuché, pero pensé: *no. Él no dijo eso.*

–¡Will! –gritó una voz desde arriba.

Los dos nos sobresaltamos y entonces su rostro cambió. La expresión suave y curiosa se desvaneció y se mostró enojado, amenazador. La forma en que se suponía que los de su clase debían mirar a los de la mía. Apartó bruscamente la mano: la intimidad se había roto. Me froté el lugar donde me había tocado.

—¿Estás bien allí abajo? ¿Necesitas ayuda...?

—¡Estoy bien! —El rugido profundo de su voz resonó por las paredes de nuestro pequeño refugio.

—¿Encontraste a la criatura?

Otra vez esa palabra. Lancé un resoplido y pequeñas nubes brotaron de mi nariz. El ardor dentro de mis pulmones se intensificó.

Con mirada dura y despiadada, me observó atentamente. Le sostuve la mirada y me negué a apartar la vista mientras esperaba que anunciara mi presencia, decidida a que ese chico hermoso viera el rostro al que iba a sentenciar a muerte con sus siguientes palabras.

—No.

Respiré hondo y la llama en mis pulmones se extinguió. Nos miramos fijamente durante un momento prolongado. Él, un cazador. Yo, una draki.

Después, desapareció.

Y me quedé completamente sola.

Esperé una eternidad, hasta mucho después de que se apagaron los ruidos de los motores y de los helicópteros. Mojada y temblando en mi cueva, me acurruqué, me abracé las piernas y deslicé las manos por la piel rojiza y dorada. El ala herida me quemaba de manera insoportable mientras permanecía atenta, escuchando, sin percibir más que el murmullo del bosque y el rumor ligero de las cascadas.

Ni hombres ni cazadores ni Will.

Hice una mueca de fastidio. Por alguna misteriosa razón, eso me molestaba. Nunca más volvería a verlo ni sabría el motivo por el cual me había dejado ir. Jamás sabría si él realmente había susurrado lo que yo había creído oír. *Hermosa.*

En ese momento único, había existido una conexión entre nosotros. De alguna forma había sucedido. Era difícil tratar de comprenderlo. Yo

estaba segura de que me delataría. Los cazadores no se caracterizan por ser compasivos. Únicamente nos consideran presas, una especie menor para destrozarnos y vendernos a nuestra peor amenaza: los enkros, quienes desde el comienzo de la humanidad han estado ávidos de presentes hechos con nuestra especie. Viven obsesionados con despedazarnos o mantenernos como rehenes y aprovecharse de las propiedades mágicas de nuestra sangre, nuestra piel como coraza y la habilidad que poseemos para detectar gemas debajo de la tierra. Para ellos no somos nada. No tenemos alma ni corazón.

Entonces ¿por qué Will me había dejado ir? Su rostro maravilloso había quedado impreso en mi memoria. El pelo mojado y brillante, los ojos intensos observándome misteriosamente. En realidad, yo debería ver el rostro de Cassian, pues él es mi destino y yo lo había aceptado. Aunque me queje y me arriesgue a salir a la luz del día para librarme de él.

Aguardé todo el tiempo que pude hasta que ya no toleré más el frío húmedo de la cueva. Cautelosa, por si se trataba de una trampa, me escabullí rápidamente y me deslicé en el agua helada. En medio del azote del viento y forzando al máximo la única ala útil, escalé la pared de piedra irregular, con las membranas tensas y doloridas por la agitación.

El aire brotaba de mis labios como una hoja filosa mientras me impulsaba hacia la cima. Me desplomé y absorbí el aroma penetrante de la tierra. Cavé con las manos el suelo húmedo, que vibró a través de mi cuerpo, fortaleciéndome. Enterrada en las profundidades de mi ser, la roca volcánica ronroneaba como un gato dormido. Podía percibirla, oírla, sentirla, nutrirme de ella.

Esa conexión con la tierra fértil y cultivable ha sido siempre así. *Eso* curaría el ala lastimada, no los remedios humanos. Yo extraigo fuerza del suelo floreciente y vigoroso.

El olor a lluvia recorrió la niebla pegajosa. Me puse de pie, me fundí en su esperado abrazo y desanduve el camino hacia el lago, donde la ropa y las bicicletas me esperaban. La débil luz del sol se filtraba a través de las copas de los árboles y luchó con la bruma hasta transformar mi piel gélida en un bronceado rojizo.

Estaba convencida de que Az había logrado regresar a casa. No quería ni imaginar lo contrario. Ya la familia tendría que haberse enterado de mi ausencia. Comencé a fabricar varias explicaciones en mi cabeza.

Las almohadillas de mis pies se apoyaban calladamente mientras yo serpenteaba entre los árboles, atenta a sonidos extraños, preocupada ante el posible regreso de los cazadores... Pero debajo de esa inquietud, acechaba una esperanza.

El anhelo de que un cazador retornara y respondiera a mis preguntas y a mi curiosidad... Esa extraña agitación en mi estómago ante la palabra que él había susurrado.

Gradualmente, un sonido fue penetrando el aire, como una cuerda en el viento, persiguiendo a los pájaros amparados bajo los árboles. Mi piel de draki comenzó a picarme mientras emitía destellos intermitentes rojos y dorados.

El terror se extendió por todo mi cuerpo cuando el débil ruido de los motores se fue aproximando. Al principio pensé que los cazadores habían regresado por mí.

¿Acaso el chico hermoso habría cambiado de parecer?

Después, escuché mi nombre.

—¡*Jacinda!*—el grito resonó como un eco a través del laberinto de pinos gigantescos.

Levanté la cabeza, me llevé las manos a la boca para hacer una bocina y respondí:

—¡Aquí estoy!

En un instante me encontré rodeada de vehículos que frenaban bruscamente. Indecisa, observé las puertas que se abrían y se cerraban con fuerza.

Entre la bruma que se evaporaba irrumpieron varios de los mayores con expresiones lúgubres en sus rostros. No divisé a Az, pero Cassian estaba entre ellos, con la boca apretada en un gesto implacable, tan parecido a su padre. Por lo general, le gusta verme con forma draki, lo prefiere, pero en ese momento no había admiración en sus ojos. Se acercó más y

su figura imponente se elevó sobre mí. Siempre era así. Tan grande, tan varonil... todo el tiempo dando vueltas a mi alrededor. Por un instante recordé la calidez y la fuerza de su mano cuando me había sujetado el día anterior en las Tácticas para Vuelos de Evasión. Habría sido tan fácil aceptarlo y hacer lo que todos querían... y esperaban.

Como no podía mirarlo a los ojos, me dediqué a estudiar el brillo de su cabello negro como la tinta, muy corto. Cuando se inclinó hacia abajo, su pelo me rozó la sien, y gruñó con su voz humeante:

—Me asustaste, Jacinda. Creí que te había perdido.

Se me erizó la piel, sentí un hormigueo de rebeldía ante sus palabras. El clan podría pensar que estábamos hechos el uno para el otro, pero eso no lo convertía en una verdad. Al menos, no todavía. Por centésima vez desee ser una draki común y corriente, no la famosa lanzallamas de la que todos estaban pendientes. La vida sería tan sencilla. Me pertenecería solo a mí. Tendría una vida propia.

Mi madre se abrió paso entre el grupo y apartó a Cassian de mi lado, como si fuera un niño y no un ónix de un metro noventa de estatura, capaz de aplastarla. Enmarcado por bucles brillantes, su rostro es bello, suavemente redondeado, con ojos ámbar como los míos. Desde que papá murió, muchos de los hombres han intentado cortejarla. Hasta Severin, el padre de Cassian. Afortunadamente, ella no se ha mostrado interesada en ninguno de ellos. Ya es bastante difícil lidiar con mamá: no necesito un macho draki intentando ocupar el lugar de papá.

En ese preciso momento, ella lucía mayor. Unas líneas muy marcadas rodeaban su boca. Ni el día en que ellos nos comunicaron que papá no regresaría a casa tenía ese aspecto. Entonces comprendí que eso tenía que ver conmigo y se me hizo un nudo en el estómago.

—¡Jacinda ¡Gracias a Dios que estás viva! —exclamó. Me envolvió entre sus brazos y yo grité cuando me apretó el ala herida.

Dio un paso hacia atrás.

—¿Qué pasó?

—Ahora no —el padre de Cassian apoyó la mano en el hombro de mamá y la apartó para quedar justo frente a mí. Severin es tan alto como Cassian y tuve que levantar el cuello para mirarlo.

Eché una manta sobre mi cuerpo tembloroso y habló con brusquedad.
—Replégate ahora mismo.

Obedecí mordiéndome el labio para soportar el dolor mientras las alas se introducían dentro del cuerpo. La herida se dilató y se rasgó más profundamente con las flexiones y los tirones de la piel durante la transformación. La lesión seguía ahí, pero ya no era más que un corte en el omóplato, del que brotaba un hilo de sangre. Unas gotas tibias descendieron por mi espalda y apreté con fuerza la manta contra mi cuerpo.

Los huesos se encogieron y la gruesa piel de draki se esfumó. El frío se volvió más intenso —un castigo para mi piel humana— y empecé a tiritar mientras se entumecían mis pies desnudos.

Mamá apareció a mi lado y me cubrió con otra manta.

—¿Cómo se te ocurrió hacer algo así? —preguntó con esa voz que tanto odio, siempre tan dura y crítica—. Tamara y yo estábamos muy preocupadas. ¿Acaso quieres terminar como tu padre? —sacudió la cabeza violentamente. Había una peligrosa determinación en sus ojos—. Ya perdí a mi esposo, no voy a perder también una hija.

Sabía que estaba esperando una disculpa, pero antes que hacerlo me habría cortado las venas. Aquello era justamente de lo que yo estaba huyendo: de pasarme la vida defraudando a mi madre y sofocando a mi verdadero yo. Reglas, reglas y más reglas.

—Ha roto nuestro principio más sagrado —declaró Severin.

Hice una mueca. *Volar solamente al amparo de la oscuridad*. Supuse que el hecho de que unos cazadores hubieran estado a punto de matarme echaba por tierra cualquier argumento en contra de la inutilidad de esa regla.

—Está claro que tenemos que hacer algo con ella. —Severin y mi madre cruzaron una mirada mientras los murmullos aumentaban. Voces de aprobación. Mi draki interior se estremeció en señal de alerta. Eché a todos

una mirada de furia. Decenas de rostros que conocía de toda la vida, pero ni un solo amigo.

–No. Eso no –susurró mamá.

¿No qué?

Su brazo me oprimió con más fuerza y yo me apoyé en ella buscando consuelo. De repente, descubrí que era mi única aliada.

–Es nuestra draki de fuego...

–No. Es *mi* hija –la voz de mamá sonó como un látigo y recordé que ella también es una draki, aun cuando ha llegado a lamentarlo y no se ha manifestado en años... y posiblemente ya no pueda lograrlo.

–Hay que hacerlo –insistió Severin.

Me estremecí al sentir que los dedos de mamá se clavaban en mi piel a través de las mantas.

–Es solo una niña. No.

De pronto, recuperé la voz y exigí una explicación.

–¿De qué están hablando?

Nadie me respondió, pero eso no era raro. Irritante, tal vez, pero normal. Todos –mamá, los mayores, Severin– hablan delante de mí, sobre mí, contra mí, pero nunca se dirigen a mí.

Mamá y Severin continuaron observándose y comprendí que, aunque no pronunciaran ninguna palabra, se estaban diciendo algo. Durante todo el tiempo, Cassian me miraba con expresión enojada. Sus ojos negros y púrpuras habrían enloquecido a la mayoría de las chicas, incluso a mi hermana. Especialmente a ella.

–Hablaremos de esto más tarde. Ahora me la llevaré a casa.

Mamá me condujo rápidamente hasta el auto. Eché un vistazo hacia atrás a Severin y Cassian, padre e hijo, rey y príncipe. Uno al lado del otro me miraron marchar; la venganza resplandecía en sus ojos. Y algo más que yo no alcanzaba a descifrar.

Un oscuro estremecimiento recorrió mi espalda.

Hecha un atado de nervios, Az nos estaba esperando frente a la casa, con sus pantalones agujereados y una camiseta azul sin mangas que no podía competir con los mechones azules de su pelo oscuro y brillante. El rostro se le iluminó al vernos.

Mamá detuvo el automóvil y ella atravesó rápidamente la neblina eterna que cubre la comunidad, cortesía de Nidia. Esa bruma es esencial para nuestra supervivencia. Gracias a ella, las aeronaves que pasan por encima de nuestro espacio aéreo no pueden detectarnos.

Apenas salí del auto, Azure me envolvió en un abrazo. Cuando lancé un quejido, retrocedió con cara de preocupación.

—¿Te lastimaron? ¿Qué pasó?

—Nada —murmuré, desviando la mirada hacia mamá. A pesar de que ella ya sabía que me habían herido, no era necesario recordárselo.

–¿Estás bien? –le pregunté

–Sí. Hice lo que me dijiste. Me quedé debajo del agua hasta que estuve segura de que se habían ido y luego salí volando a casa en busca de ayuda.

No recordaba haberle dicho que pidiera ayuda. Ojalá no lo hubiera hecho, aunque no podía culparla por tratar de salvarme.

–Adentro, chicas –repuso mamá, apuntando hacia el interior de la casa, pero con la vista en otro lado. En realidad, estaba mirando por encima del hombro a una de nuestras vecinas, al otro lado de la calle. Jabel, la tía de Cassian, se encontraba en el porche, observándonos atentamente con los brazos cruzados sobre el pecho. Últimamente no nos quita los ojos de encima. Mamá está convencida de que ella informa a Severin de todos nuestros movimientos. Con una leve inclinación de cabeza, mamá nos hizo entrar. Cuando yo era niña, ella y Jabel habían sido grandes amigas. Antes de que papá muriera, antes de todo. Ahora apenas se hablan.

Cuando ingresamos en la casa, Tamara nos recibió sentada en el sofá con las piernas cruzadas y un tazón de cereal en el regazo. Un viejo programa de dibujos animados se veía en el televisor. No parecía “muy preocupada”, como mamá había asegurado.

Indignada, mamá se acercó a la tele y bajó el volumen.

–Tamara, ¿es necesario que lo escuches tan alto?

Ella se encogió de hombros y buscó el control remoto entre los almohadones del sillón.

–Ya que no podía volver a dormirme, busqué una forma de ahogar el ruido de la alarma.

Una sensación desagradable brotó en mi interior.

–¿Hicieron sonar la alarma? –pregunté. La última vez que lo habían hecho fue para reunir un grupo de rescate cuando papá desapareció.

–Ah, sí –replicó Az con los ojos muy abiertos–. Severin se volvió loco.

Cuando Tamara encontró el control, subió el volumen. Después volvió a arrojarlo en el sofá y se llevó a la boca una enorme cucharada de leche y cereal.

—¿Te sorprende que hayan convocado a toda la pandilla por ti? —me preguntó, irritada—. Piénsalo.

La necesidad de defenderme se despertó en mi pecho, pero la dejé pasar respirando profundamente. Ya había intentado hacerlo en otras ocasiones, pero era imposible. Tamara no podía entender el impulso draki.

Mamá apagó el televisor. Ajena a lo que estaba sucediendo, Az agitó las manos en el aire.

—Bueno, ¿qué ocurrió? ¿Cómo lograste escapar? Dios mío, estaban por todos lados. ¿Viste esos lanzadores de redes? —exclamó. Mamá tenía muy mala cara—. Estaba segura de que no lograrías salir de ahí. Quiero decir: sé que eres rápida... y que puedes lanzar fuego y todo eso, pero...

—Como si alguna vez pudiéramos olvidarnos de ese tema —balbuceó Tamara con la boca llena de cereal y los ojos en blanco.

Tamara nunca se ha manifestado. Es una tendencia creciente entre los draki, algo alarmante para los mayores, que están muy preocupados por preservar la especie. Apenas unos minutos menor que yo, mi hermana melliza es una humana promedio en todos sentidos. Y eso es terrible para ella... y para mí. Antes de que yo me manifestara, habíamos sido muy unidas. Hacíamos todo juntas. Ahora, lo único que tenemos en común es el rostro.

Noté que mamá recorría la estancia y cerraba todos los postigos de madera, dejando la sala en penumbra.

—Az —dijo—, ya es hora de despedirse.

Mi amiga se sorprendió.

—¿Despedirse?

—Sí, despedirse —repitió mamá con voz más firme.

—Ah —Azure arrugó la frente y después me miró—. ¿Quieres que mañana vayamos juntas a la escuela? —preguntó. Sus ojos brillaban de manera especial, como dándome a entender que yo podría contarle todos los detalles al día siguiente—. Me despertaré temprano.

Vivimos muy lejos una de la otra. La comunidad tiene la forma de una rueda gigante con ocho rayos. Cada uno de ellos es una calle y el centro

funciona como el corazón de nuestra sociedad. Allí se encuentran la escuela y el centro de reuniones. Yo vivo en la calle Primera Oeste y Az se encuentra en la Tercera Este. Estamos en rumbos completamente opuestos. La comunidad se halla rodeada de un muro cubierto de hiedra, de modo que no hay manera de utilizar el borde exterior para encontrarnos más rápido.

—Claro. Si estás dispuesta a madrugar y caminar hasta aquí.

Tan pronto como Azure se fue, mamá trabó la puerta. Nunca antes la había visto hacer algo así. Luego se quedó observándonos a Tamara y a mí durante un largo rato. El único ruido que se escuchaba era el tintineo de la cuchara en el tazón de cereal. Después se volvió y espío a través de los postigos, como si pensara que Az todavía podía oír lo que decíamos. O alguien más.

Volvió a girar hacia nosotras e hizo el gran anuncio:

—Empaquen sus cosas. Partimos esta noche.

Sentí que mi estómago descendía de golpe, como cuando repentinamente me arrojaba en el aire a toda velocidad.

—¿Qué?!

Tamara se levantó tan violentamente del sofá que el tazón con leche y cereal fue a parar al piso. Como mamá no hizo ningún comentario al respecto y ni siquiera reparó en el desastre, comprendí que todo había cambiado, o estaba por cambiar. Ella hablaba en serio.

—¿Lo dices de verdad? —exclamó Tamara con un brillo febril en los ojos. Parecía que estaba viva por primera vez desde... bueno, desde que yo me manifesté y quedó claro que ella no iba a hacerlo—. Por favor, dime que no es una broma.

—Nunca bromearía acerca de esto. Junten sus cosas. Lleven toda la ropa que puedan... y todo lo que consideren importante —los ojos de mamá se posaron en mí—. No vamos a regresar.

Me quedé rígida. No podía moverme. El ardor en el hombro se hizo más intenso, como si un cuchillo se retorciera y fuera enterrándose más profundamente en mi piel.

Con un chillido de excitación, Tamara salió disparada hacia su habitación, y de inmediato escuché el sonido de la puerta de su armario, que se abría con fuerza y golpeaba contra la pared.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté a mamá.

—Lo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Tras la muerte de tu padre —afirmó y desvió la mirada. Parpadeó frenéticamente antes de volver la vista hacia mí—. Supongo que esperaba que un día él cruzaría por esa puerta y nosotras debíamos estar aquí cuando eso ocurriera —suspiró—. Pero él nunca va a regresar, Jacinda. Y yo tengo que hacer lo que es mejor para ti y para Tamara.

—Querrás decir, lo que es mejor para *ti* y para Tamara.

Para ellas dos, dejar a la familia no era algo importante. Lo comprendí en ese momento. Varios años atrás, mamá había matado deliberadamente su lado draki. Una vez que resultó obvio que Tamara nunca llegaría a manifestarse, había permitido que se desvaneciera por falta de actividad. Creo que lo hizo en un acto de solidaridad, para que mi hermana no estuviera tan sola.

Solo yo me sentía unida al clan familiar. Era la única que iba a sufrir si nos marchábamos.

—¿No comprendes que sería mucho más fácil y seguro si tan solo dejaras ir tu parte de dragón?

Me sacudí bruscamente, como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Quieres que niegue a la draki que llevo dentro? ¿Que haga como tú? —inquirí. ¿Dejar al dragón en estado latente y hacerme pasar por humana? —Moví la cabeza de un lado al otro—. Vaya a donde vaya, nunca haré algo así. Jamás olvidaré quién soy.

Mamá apoyó la mano en mi hombro y me lo apretó suavemente. Supuse que era para darme aliento.

—Ya veremos. Tal vez cambies de idea después de unos meses.

—¿Pero por qué tenemos que irnos?

—Tú sabes la razón.

Pensé que una parte de mí lo sabía, pero se negaba a admitirlo. De repente, quise fingir que nuestra vida en ese lugar era perfecta. Deseé poder olvidarme del malestar que me producía la manera tiránica en que Severin manejaba a la familia, de la mirada posesiva de Cassian, de la sensación de aislamiento de mi hermana en una comunidad que la trataba como a una leprosa y de la culpa que eso siempre me había producido.

Mamá continuó hablando:

—Ya llegará el día en que lo entiendas y me agradecerás por salvarte de esta vida.

—¿Y del clan? —le pregunté— ¡Ellos son mi vida! Mi familia. —Un mal líder no podía cambiar eso. Severin no dominaría al grupo eternamente.

—¿Y Cassian? —insistió, mientras hacía una mueca de desagrado con los labios—. ¿Estás preparada para él?

El temblor de su voz me hizo retroceder. Por el rabillo del ojo, distinguí a Tamara de pie en la puerta de su habitación.

—Cassian y yo somos amigos —respondí. O algo así. Al menos, solíamos serlo.

—Muy bien.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya no son unos niños. En tu interior, debes saber de qué he estado protegiéndote. Y de *quién*. Desde tu manifestación, la familia te señaló como alguien de su propiedad. ¿Te parece tan mal que quiera reclamar a mi propia hija? Tu padre lo intentó y por esa razón peleaba constantemente con Severin. ¿Por qué crees que se fue a volar solo aquella noche? Estaba buscando una forma de... —hizo una pausa, pues su voz se quebró.

Yo escuchaba, transfigurada.

Mamá nunca mencionaba aquella noche ni a papá. Me asustaba por igual que se callara o que siguiera hablando.

Con frialdad y determinación, sus ojos volvieron a posarse en mí. Y sentí miedo.

Un calor que me resultaba conocido comenzó a crecer en mi interior y me oprimió la garganta.

—Hablas de la familia como si se tratara de un culto satánico...

Lanzó chispas por los ojos y sacudió un brazo frenéticamente.

—¡Es que lo es! ¿Cuándo vas a comprenderlo? Cuando ellos me ordenaron que entregara a mi hija de dieciséis años a su adorado príncipe para que pudiera comenzar el apareamiento ¡actuaron como demonios! ¡Te querían como hembra de cría, Jacinda! ¡Para llenar la comunidad de pequeños lanzallamas! —exclamó, acercándose a mí y gritándome en la cara. Me pregunté si Jabel o alguno de los vecinos podrían escucharnos. Quizás a mamá ya no le importaba.

Dio un paso hacia atrás y respiró hondo.

—Nos vamos esta noche. Preparen sus cosas.

Salí corriendo, entré en mi habitación y cerré de un portazo. Tal vez fui algo melodramática, pero me hizo sentir mejor. Caminé de un lado a otro, respirando con fuerza. El vapor brotaba de mi nariz en furiosas bocanadas. Deslicé la mano por la piel caliente de mi cara y mi cuello.

Me eché de espaldas en la cama y me quedé con la mirada perdida en el techo mientras el calor me consumía. Poco a poco, el fuego interior comenzó a apagarse y me entretuve contemplando las estrellas resplandecientes que colgaban del techo. Papá me había ayudado a suspenderlas con cordeles después de que lo pintamos de azul. Me dijo que sería como dormir en el cielo.

Un sollozo amargo me quemó la garganta. Ya no volvería a dormir nunca más en ese cielo, y si mamá podía evitarlo, también dejaría de volar.

Unas horas después, mientras la comunidad se hallaba en medio del sueño, nos escabullimos a través de la niebla de Nidia. Justo aquello que nos protegía y nos ocultaba del mundo exterior que quería hacernos daño fue lo que nos ayudó a escapar.

Una vez que llegamos a la esquina y doblamos por la calle principal, mamá puso el auto en punto muerto. Tamara y yo empujamos, al tiempo que ella guiaba el vehículo por el centro de la comunidad. En silencio, la

escuela y el centro de reuniones nos observaron a través de los ojos de sus ventanas oscuras. Las pantorrillas me ardían mientras los neumáticos hacían crujir los guijarros del camino.

Contuve la respiración y esperé. Al aproximarnos al arco verde de la entrada, presté atención por si sonaba la alarma. Cubierta de hiedra, la pequeña cabaña de Nidia surgió delante de nosotras, enclavada a un lado de la abertura. Una luz débil resplandecía en la gran ventana de vidrio de la sala. Seguramente nos detectaría. Su trabajo consistía en no dejar que nada entrara... o saliera.

Cada comunidad tiene al menos un draki que envuelve el pueblo en niebla, lo mismo que a la mente de cualquier humano que llegue a descubrir el lugar. La bruma de Nidia puede hacer que una persona se olvide hasta de su propio nombre. Su talento supera al mío. El clan vive con miedo de lo que habrá de suceder el día en que ella muera, porque nuestro territorio quedaría expuesto, visible para las aeronaves y para cualquiera que se aventure en la profundidad de las montañas.

La casa estaba en completo silencio. Ningún sonido salió de ella, ni siquiera cuando las suelas de mis zapatos se deslizaron sobre la grava y lanzaron un chirrido bastante fuerte, lo cual me ganó una mirada de odio de Tamara.

Me encogí de hombros. Tal vez yo quería que Nidia nos descubriera. Cuando atravesamos el arco, mamá encendió la vieja camioneta. Antes de trepar al interior, eché un último vistazo hacia atrás. En el suave resplandor de la ventana de la sala de Nidia, una sombra se puso de pie.

La tensión en mi garganta se aceleró vertiginosamente. Respiré con fuerza: estaba segura de que ella haría sonar la alarma.

La sombra se movió. Los ojos me dolían de mirar con tanta atención.

De repente, la luz desapareció de la ventana. Asombrada, parpadé y sacudí la cabeza.

—No —susurré—. ¿Por qué no sale a detenernos?

—Jacinda, sube al auto —masculló Tamara entre dientes, antes de agacharse y subir.

Despegué la vista de donde Nidia había estado y pensé en oponerme a partir. Podría hacerlo ahí, en ese mismo momento. Ponerme firme y negarme. No podrían doblegarme. Ni siquiera lo intentarían.

Pero en realidad, yo no era tan egoísta... o valiente. Sin saber cuál de las dos era la causa, las seguí.

En un instante descendimos a tumbos por la montaña y nos adentramos vertiginosamente en lo desconocido. Mientras apoyaba la mano contra el vidrio frío de la ventanilla, detesté la idea de no ver más a Azure. Las lágrimas se me atragantaron. Ni siquiera había podido decirle adiós.

Mamá apretó con fuerza el volante, observando atentamente a través del parabrisas la ruta poco transitada. Sacudía la cabeza como si cada movimiento aumentara su determinación.

—Empezaremos de nuevo. Las tres solas —anunció con una voz exageradamente alegre—. Ya era hora, ¿no es cierto?

—Por supuesto —aprobó Tamara desde atrás.

Le eché una mirada por encima del hombro. Como hermanas mellizas, siempre nos hemos sentido unidas. Sabemos lo que la otra piensa y siente. Pero esa noche yo no sabía lo que estaba pasando más allá de mi propio temor.

Tamara sonreía mientras miraba por la ventanilla como si realmente percibiera algo en medio de la oscuridad. Por lo menos estaba cumpliendo su deseo. A donde fuéramos, ella sería la normal y yo la que tendría que luchar para encontrar mi lugar en un mundo que no había sido diseñado para mí.

Yo formaba parte de la familia. Incluso era posible que mi lugar estuviera junto a Cassian. Aunque le partiera el corazón a Tamara, tal vez era lo correcto, la persona correcta. En realidad no lo sabía. Solo estaba segura de que no podía vivir sin volar, sin cielo y humedad, sin respirar tierra. Nunca podría entregar en forma voluntaria mi habilidad para manifestarme. Yo no soy mi madre.

¿Cómo haría para encajar entre los humanos? Me volvería una draki extinta, como Tamara. Peor aún, porque yo sí recordaría lo que significaba haber sido un dragón.

Una vez vi un programa sobre un hombre al cual le habían amputado la pierna pero todavía la sentía. Se despertaba por la noche queriendo rascarse, como si la pierna siguiera allí, conectada a él. Eso se denomina síndrome del miembro fantasma.

Yo sería eso. Una draki fantasma atormentada por el recuerdo de lo que alguna vez había sido.

Mientras mamá conversaba con la propietaria de la casa, percibí el esfuerzo que requería hacer que el aire atravesara mi garganta. A pesar de que el aparato de aire acondicionado estaba funcionando a toda su capacidad, la atmósfera era fina, seca y vacía. Me imaginé que eso debe sentir la gente que tiene asma: una batalla constante para lograr respirar. Como si los pulmones nunca tuvieran oxígeno suficiente. Le lancé a mamá una mirada enfurecida. De todos los lugares del mundo donde podíamos instalarnos, ella había tenido que elegir el desierto. No me cabía la menor duda de que era un acto de sadismo.

Seguimos a la bamboleante señora Hennessey a través de la puerta trasera de su casa y salimos de nuevo al calor abrasador. Como una enorme aspiradora, me succionó la piel y me quitó la humedad del cuerpo, dejándome débil. Llevaba solo dos días en Chaparral y, tal como mamá sabía que ocurriría, el desierto ya estaba afectándome.

–¡Una piscina! –exclamó Tamara.

–Ustedes no pueden usarla –advirtió la señora Hennessey.

El gesto serio de Tamara no duró más que un instante, pues nada iba a empañar su optimismo. Ciudad nueva, mundo nuevo, una vida nueva al alcance de su mano.

Me fui quedando atrás con respecto a mamá y a Tamara. Cada paso que daba requería de mí una energía enorme.

La dueña se detuvo frente a la escalera de la piscina y señaló la cerca que se hallaba detrás de nosotras.

–Pueden entrar y salir por la puerta trasera.

Mamá asintió mientras golpeaba contra la pierna el periódico enrollado donde había encontrado el aviso de alquiler.

Las llaves tintinearón en la mano de la señora Hennessey, que abrió la puerta de la pequeña casa ubicada detrás de la piscina y se las extendió a mamá.

–El alquiler del mes próximo vence el primero –su mirada lagañosa saltó de Tamara a mí–. Me gusta la tranquilidad –advirtió.

Dejé a mamá asegurándole a la propietaria que no habría ningún problema y entré en la casa. Tamara vino detrás de mí. Me quedé contemplando la sala sombría, que olía vagamente a mohó y a cloro, y se me cayó el alma a los pies.

–No está mal –repuso Tamara.

Le eché una mirada.

–Habrías dicho lo mismo en cualquier situación.

–Bueno. En realidad, es algo temporal –agregó, encogiéndose de hombros–. Pronto tendremos una casa propia.

En sus sueños. Sacudí la cabeza mientras inspeccionaba las otras habitaciones y me pregunté cómo pensaría Tamara que eso podría llegar a ocurrir. La noche anterior mamá había tenido que recurrir a las monedas para pagar la cena.

La puerta del frente se cerró. Metí las manos en los bolsillos y volví a la sala. Mamá se llevó un dedo a los labios y evaluó la casa –y a nosotras– con

lo que pareció genuina satisfacción. Pero no le creí. ¿Cómo podría estar tan feliz si yo estaba tan... lo contrario?

—Chicas, bienvenidas a casa.

Casa. La palabra vibró como un sonido hueco en mi interior.

Era de noche. Me hallaba sentada en el borde de la piscina con los pies dentro del agua, que también estaba caliente. Incliné la cabeza buscando un poco de viento. Extrañaba la bruma, las montañas, el aire fresco y húmedo.

A mis espaldas, la puerta se abrió y se cerró. Mamá se agachó a mi lado y levantó la vista. Seguí su mirada, pero lo único que se veía era la pared trasera de la casa de la señora Hennessy.

—Quizá después de un tiempo de estar aquí podamos hacer que cambie de parecer con respecto a la piscina —dijo mamá—. Sería agradable poder nadar este verano.

Supuse que esa era su manera de tratar de levantarme el ánimo, pero las únicas palabras que capté fueron *después de un tiempo de estar aquí*.

—¿Por qué? —repliqué con brusquedad, agitando las piernas con más fuerza—. Podrías haber elegido millones de lugares. ¿Por qué este?

Había tantos sitios donde vivir. Algún pueblito escondido entre colinas o montañas frescas y neblinosas. Pero no: ella había escogido Chaparral, una ciudad de una extensión completamente desproporcionada, situada justo en el medio del desierto, a ciento cincuenta kilómetros de Las Vegas. No existía esa refrescante condensación que nutría mi cuerpo, ni niebla o bruma donde refugiarme. Por no mencionar colinas o montañas de fácil acceso, ni tierra fértil ni escapatoria posible. Esto era una crueldad.

Mamá respiró profundamente.

—Pensé que haría las cosas más fáciles para ti...

—Nada de esto es fácil— resoplé.

—Bueno, tal vez el lugar decidirá por ti —agregó mientras estiraba la mano y me apartaba el pelo del hombro—. Nada como un ambiente inhóspito para matar rápidamente a una draki. Si lo sabré yo.

—¿Qué quieres decir? —dije, y fijé los ojos en ella.

Respiró hondo y luego soltó una gran bocanada de aire.

—Yo viví aquí durante mi viaje.

Me eché atrás y la miré fijamente. Muchos drakis se van de viaje para estar en contacto con el mundo exterior. De todos modos, es por poco tiempo. Un año, tal vez dos. Pero nunca a un lugar seco y caliente, y jamás a un desierto. Por una cuestión de supervivencia, un draki tiene que saber aparentar ser un humano. En ocasiones, muy raramente, eligen permanecer en ese mundo y no volver a la comunidad.

—Creía que habías ido a Oregon. Jabel y tú viajaron juntas y compartieron allí un apartamento.

Mamá sacudió la cabeza afirmativamente.

—Comencé la gira con Jabel pero, después de unos meses, decidí... —hizo una pausa para respirar—. Decidí que no quería regresar a la comunidad.

Me enderecé de golpe.

—¿Cómo es que nunca lo supe?

—Es obvio que volví. No era necesario que todos supieran que había habido un poco de presión para hacerme cambiar de idea.

En ese momento lo comprendí. Supe quién había ejercido la presión.

—Papá —repuse.

Su sonrisa se dulcificó.

—Tú sabes que él nunca hizo el viaje. ¿Para qué? Tenía muy claro que lo único que quería era ser un dragón —sus labios temblaron y me tocó la mejilla—. Eres muy parecida a él —prosiguió. Luego suspiró y dejó caer la mano—. De todas maneras, durante mi estadía en Oregon me visitaba una vez al mes... y siempre trataba de convencerme de que regresara a casa con él —su sonrisa se apagó—. Me hizo todo muy difícil.

Me miró directamente a los ojos.

—Yo quería escapar de la familia, Jacinda. Ya entonces. Ese lugar no era para mí, pero tu padre me complicó las cosas. De modo que hui y vine aquí.

—¿Aquí?

—Pensé que tu papá no me encontraría en este lugar.

Me froté el brazo. Ya empezaba a sentir la piel reseca, terrosa.

—Yo creería lo mismo.

—Casi enseguida mi parte draki comenzó a marchitarse. Aunque durante alguna crisis me arriesgué a volar, no me fue fácil manifestarme. Estaba dando resultado. Iba en camino de convertirme en humana.

—Pero regresaste.

—Al final, tuve que enfrentar la realidad. Deseaba abandonar a la familia, pero extrañaba a tu padre. Él no podía vivir sin ser draki y yo no podía vivir sin él.

Observé la superficie del agua, quieta y muerta, sin el más leve rastro de viento, y traté de imaginarme cómo sería amar a alguien de esa manera. Tanto como para renunciar a todo lo que alguna vez soñaste para ti misma. Mamá lo había hecho.

¿No podría yo sacrificarme por las personas que amaba? ¿Por mamá y Tamara? Ya había perdido a papá. ¿Acaso también quería perderlas a ellas?

Justo en ese momento, Will, el cazador, apareció en mi mente. No sabía por qué. Tal vez el motivo fuera que me había dejado ir. Ni siquiera me conocía, pero me había dejado ir... a pesar de estar entrenado para hacer lo opuesto. Luchó contra lo que, sin duda alguna, le brotaba naturalmente: cazar y destruir a mi especie. Si él podía cortar con su mundo, yo también podría cortar con el mío. Seguramente tendría la fuerza necesaria.

La voz de mamá me sacó de mis pensamientos.

—Sé que ahora es muy difícil de aceptar. Por eso elegí esta ciudad. El desierto se encargará de todo. Solo hay que darle tiempo.

Darle tiempo. Simplemente tenía que esperar que mi draki muriera. Cuando ese momento llegara, ¿estaría contenta? ¿Le daría las gracias a mamá como ella parecía creer?

Me dio un apretón en la rodilla.

—Vamos adentro. Quiero conversar algunas cosas con tu hermana y contigo antes de que se inscriban en la escuela.

Al escuchar esas palabras, mi pecho se puso tenso, pero me levanté y pensé en todo lo que mamá había abandonado por mí, en lo que había perdido. Y también Tamara. Nunca había tenido nada propio. Quizás había llegado la hora. Para las dos.

—Jacinda Jones, pasa al frente y háblanos de ti.

Se me hizo un nudo en el estómago. Era la tercera hora, lo cual quería decir que ya era la tercera vez que había tenido que pasar por lo mismo.

Me levanté del asiento, salté por encima de las mochilas y me paré frente a la clase, junto a la profesora Schulz. Treinta pares de ojos se clavaron en mí.

Mamá nos había inscrito el viernes anterior. Había insistido mucho en que ya había llegado el momento, pues cursar el bachillerato era el primer paso para lograr asimilarse y llevar una vida normal. Tamara estaba contentísima, no tenía ningún temor y se hallaba lista para comenzar.

Toda la noche anterior, en la cama sin poder dormir y sintiéndome enferma, pensé cómo sería el primer día de clases. Reflexioné acerca del clan y todo lo que estaba dejando atrás. ¿Y cuál era el problema si los vuelos diurnos estaban prohibidos? Al menos podía volar.

De pronto, las reglas de la familia que tanto me irritaban palidieron frente a esa nueva realidad. Ya no sabía bien por qué me había resistido tanto a Cassian. ¿Habría sido solamente por Tamara? ¿O había algo dentro de mí que se oponía a estar con él, que iba más allá de la lealtad hacia mi hermana?

Estaba rodeada de adolescentes. *Humanos*. Cientos de ellos. Sus voces resonaban con fuerza y sin pausa. El aire estaba lleno de fragancias artificiales y empalagosas. Para una draki, aquello era el mismísimo infierno.

Y no se trataba de que no me hubiera imaginado viviendo en el mundo exterior, entre seres humanos. Probablemente yo habría hecho el viaje. Pero nadie se va de gira durante la adolescencia, sino que lo hace de adulto, como un draki fuerte y completamente desarrollado, y nunca a un desierto como éste. Y todo por una buena razón.

Resistí las ganas de rascarme el brazo. Apenas era primavera, pero el calor y la sequedad me producían escozor en la piel. Bajo el resplandor fluorescente, una sensación de ardor y náuseas se retorció en mi interior.

Me aclaré la garganta y hablé con dificultad.

–Hola. Soy Jacinda Jones.

Sentada cerca del frente, una chica rubia se enroscaba un mechón de pelo en un dedo.

–Vaya novedad. Eso ya lo sabemos –exclamó con una sonrisa. Tenía una cantidad obscena de brillo labial.

La profesora Schulz acudió en mi rescate.

–¿De dónde eres?

Mamá me había instruido acerca de lo que debía responder.

–De Colorado.

–Maravilloso. ¿Sabes esquiar?– pregunté con una sonrisa de aliento.

Parpadeé.

–No.

–¿A qué escuela fuiste?

Mamá también había previsto esa pregunta.

–Tomé clases en mi casa –respondí. Fue la explicación más sencilla que se nos había ocurrido para lograr inscribirnos. Era obvio que no podíamos pedirle a la familia que nos enviara los certificados escolares.

Varios chicos se echaron a reír. La chica que jugaba con su pelo puso los ojos en blanco.

–Sabihonda.

–Basta, Brooklyn –intervino la profesora, con una expresión menos amistosa y más resignada, como si yo acabara de confesar en primer grado que ya sabía leer –. Estoy segura de que fue una experiencia interesante.

Mientras asentía enfilé hacia mi lugar, pero su voz me detuvo.

–Tienes una hermana melliza, ¿no es cierto?

Me frené en seco y deseé que el interrogatorio terminara de una vez.

–Sí.

Un chico con manchas rojas en la cara y ojos de comadreja masculló por lo bajo:

—El placer es doble.

Algunos chicos rieron. En su mayoría, varones.

La profesora Schulz no escuchó o fingió no hacerlo. Daba lo mismo. Yo solo quería que eso terminara para poder deslizarme sigilosamente en mi silla y volverme invisible.

—Gracias, Jacinda. Estoy segura de que te integrarás sin problemas.

Sí, seguro. Regresé a mi asiento. La profesora se zambulló en un debate sobre *Antígona*. Yo había leído la obra dos años atrás. En griego, su idioma original.

Mi mirada viró hacia la ventana y el estacionamiento. A lo lejos, por encima de las resplandecientes techos de los automóviles, las montañas se recortaban en el cielo azul y me llamaban.

Decidí que intentaría volar. Mamá lo había hecho cuando vivía aquí. No era imposible. Por el momento, era difícil escaparme porque ella no se despegaba de nosotras. Se había propuesto ir a buscarnos a la escuela y dejarnos en casa como si tuviéramos siete años. No me quedaba claro si era porque temía que la familia pudiera localizarme o en realidad le preocupaba que huyera. Yo prefería pensar que confiaba en mí lo suficiente como para saber que no haría eso.

La vida que mamá y Tamara ansiaban tan fervientemente no se iba a ver trastocada porque me escapara un rato en secreto para estirar las alas.

Cuando me acomodé en el asiento, el mapa de la ciudad crujió en mi bolsillo. En ese momento, era mi única esperanza. Ya lo había estudiado varias veces con detenimiento, memorizando cada uno de los parques de la zona. Que viviera en aquel lugar no implicaba que estaba dispuesta a dejarme morir. Esa idea era la única motivación que tenía. Por más arriesgado que fuera, volvería a disfrutar del placer de volar.

Apenas sonó el timbre, me puse de pie junto con el resto de la clase. La Comadreja se volvió hacia mí y se presentó.

—Hola —dijo. Asintió lentamente con la cabeza mientras me evaluaba de arriba abajo—. Soy Ken.

–Hola –balbuceé, preguntándome si tal vez pensaba que me había conquistado con aquel comentario sobre el “placer doble”.

–¿Necesitas ayuda para averiguar dónde es la próxima clase?

–No. Estoy bien. Gracias –respondí y seguí de largo. Con la cabeza baja, me dirigí a toda prisa hacia el casillero.

Tamara estaba esperándome.

–¿Cómo va todo? –me preguntó alegremente.

–Bien.

Se le escapó una sonrisa.

–Tienes que tener una actitud abierta, Jacinda. Ser feliz solo depende de ti. Puse la combinación en el casillero, no se abrió y volví a probar.

–Por favor, no me vengas con psicología.

Se encogió de hombros y se pasó la mano por el pelo planchado. Había estado una hora en el baño para lograr semejante hazaña, pues lo había visto en una revista y quería quedar igual. Mi pelo rojizo y dorado me caía por la espalda hecho un revoltijo, desafortadamente erizado. Como el resto de mí, extrañaba el aire húmedo.

La contemplé: tan elegante con su top rojo ceñido, pantalones oscuros y botas hasta la rodilla, que había comprado durante el fin de semana en una tienda de ropa usada. Varios chicos que pasaban se dieron vuelta para mirarla otra vez. En ese mundo ella se sentía como pez en el agua. No experimentaba mi incomodidad ni suspiraba por Cassian. Yo estaba feliz por ella. En serio. Si tan solo su felicidad no implicara mi sufrimiento...

–Voy a intentarlo –le prometí de corazón. No era mi intención arruinarle la vida.

–Ah. Casi lo olvido –dijo y comenzó a hurgar en su bolso–. Mira, están probando gente para el equipo de porristas del año próximo.

Bajé la mirada al volante anaranjado que sostenía en la mano y quedé impresionada al contemplar los dibujos de las chicas con faldas cortas y pompones haciendo volteretas.

Tamara agitó el papel.

—Deberíamos ir juntas a la prueba.

Finalmente, logré destrabar la puerta del locker y cambié los libros.

—Mejor no. Ve tú.

—Pero tú eres tan... —su mirada me recorrió en forma significativa—
atlética —bien podría haber dicho *draki*.

Abrí la boca para recalcar mi desinterés, pero me contuve. Mi piel se estremeció y los pelitos de mi nuca se irguieron en señal de alerta. Un libro se deslizó de mi mano y no me agaché para levantarlo.

Tamara bajó el papel.

—¿Qué pasa?

Miré por encima de su hombro hacia el pasillo atestado de alumnos. Sonó un timbre de advertencia y los movimientos se volvieron frenéticos. Los lockers se cerraron con portazos y las suelas de los zapatos chirriaron sobre el piso de baldosas.

Me quedé paralizada.

—Jacinda, ¿qué tienes?

Incapaz de decir una palabra, sacudí la cabeza mientras mis ojos revoloteaban como flechas entre los rostros desconocidos. Y entonces lo encontré, lo vi. Aquel a quien buscaba aun antes de darme cuenta de ello, incluso antes de comprender... El chico hermoso.

Mi piel se puso tensa.

—Jacinda, ¿qué te pasa? Llegaremos tarde a clase.

No me importaba. Me quedé inmóvil. No podía ser él. ¿Qué estaría haciendo ahí?

Pero era él. Will.

Más alto que todos los que lo rodeaban, estaba apoyado contra los casilleros. Inclineda desvergonzadamente sobre él, Brooklyn —la chica rubia que se retorció el pelo— jugaba con el dobladillo de su camisa mientras sus labios brillosos se movían sin parar. Él sonreía, asentía y escuchaba su parloteo, pero sentí que no le interesaba de verdad, que él estaba en algún otro lugar... o quería estar. Igual que yo. No podía apartar la vista de él.

El pelo castaño claro le caía despreocupadamente sobre la frente y lo recordé mojado y lustroso, más oscuro y echado hacia atrás. También me acordé de los dos solos en esa cueva, su mano sobre la mía y esa chispa que nos había recorrido antes de que su rostro se volviera tan duro y severo. Antes de que desapareciera.

A mi lado, Tamara suspiró y giró para echar un vistazo.

—Ah —murmuró con una mueca cómplice—. Lindo, pero muy malo. Parece que ya tiene novia. Vas a tener que buscarte otro... —me miró de frente y lanzó un grito ahogado—. ¡Jacinda! ¡Tienes la cara encendida!

Eso me devolvió a la realidad. Me observé los brazos. La piel se desdibujaba y emitía destellos débiles, como si me hubieran espolvoreado con oro.

Sentí un hormiguelo. Mi draki interior había despertado y deseaba liberarse.

—¡Dios mío, contrólate! —susurró Tamara acercándose a mí—. ¿Ves un chico atractivo y empiezas a manifestarte? Tienes que dominarte.

No podía. Eso era lo que Tamara nunca había llegado a comprender. Cuando las emociones me embargan, la draki aflora. En momentos de miedo, entusiasmo o excitación... sale a la superficie. Es nuestra forma de ser.

Volví a mirar a Will y el placer me inundó. Y, al mismo tiempo, sentí temor ante lo que podía significar su presencia en ese lugar.

Mi hermana me tomó del brazo y me apretó casi con crueldad.

—¡Jacinda, ya basta! ¡Contrólate de una vez!

Con la ligereza de un depredador olfateando a su presa, Will levantó la cabeza y me pregunté si los cazadores serían realmente seres humanos. Tal vez eran de otro mundo, como los drakis. Echó una mirada a su alrededor y registró el pasillo mientras yo luchaba por recuperar el control de mí misma antes de que me viera. Antes de que se diera cuenta.

Una fogata se encendió en mis pulmones; ese ardor tan conocido captó el momento justo en que sus ojos almendrados se hundieron en los míos.

El golpe de la puerta de mi locker me sacudió, despegué la vista de él y la desvié hacia Tamara. Su mano estaba estampada con fuerza en la puerta de mi casillero, con los dedos blancos aplastados contra el metal.

En ese instante sonó el último timbre. Tamara se agachó ágilmente, recogió los libros del suelo y me arrastró hacia el baño. Miré por encima del hombro mientras el pasillo se iba quedando vacío en medio de una ráfaga de aromas artificiales. Perfumes, colonias, lociones, aerosoles, geles... obstruían mis sentidos. En aquel lugar nada parecía real, excepto el chico que me observaba con fijeza. Su mirada rutilante me perseguía, me acechaba como el depredador que yo presentía en él. Lo vi alejarse de los casilleros con movimientos felinos.

Mi draki interior seguía agitándose, despierta y viva ante la forma voraz en que me examinaba. Mi piel se estremeció y sentí un cosquilleo en la espalda. Las alas pugnaban por salir y me producían una gran picazón. Las mantuve ocultas, pero no inactivas.

Tamara me empujó con más fuerza y lo perdí de vista; se lo tragó el revuelo de seres humanos que atascaban el pasillo y me rodeaban como polillas bailando y tropezándose alrededor de una luz.

Pero todavía lo sentía, lo deseaba. Aun cuando ya no pudiera verlo, sabía que estaba allí.

Mi nariz resopló ante la dentellada áspera de una sustancia astringente. De inmediato, mi parte draki palideció ante aquel olor tan artificial. Me tapé la nariz y la boca con la mano. El atisbo de fuego en mis pulmones se extinguió y la espalda dejó de emitir el acostumbrado cosquilleo.

La mirada de Tamara resbaló sobre mí, y luego respiró con alivio, claramente satisfecha al comprobar que había vuelto a ser yo. Esa a quien ella aprobaba, la única que quería cerca. En especial en ese lugar, en ese nuevo mundo al que quería conquistar por sí misma.

—Ya dejaste de brillar. ¡Gracias a Dios! ¿Acaso tratas de arruinarlo todo?

Me quedé con la vista fija en la puerta del baño, como si esperara que él nos hubiera seguido hasta ahí.

—¿Él lo notó?

—No creo —respondió levantando el hombro—. De todas maneras, no sabía qué fue lo que vio.

Supuse que eso podría ser cierto. Ni siquiera los cazadores saben que los drakis toman forma humana. Es nuestro secreto mejor guardado, nuestra mayor defensa. Además, yo tampoco había desplegado las alas en medio del pasillo. Por lo menos, no del todo.

Mientras el cosquilleo estimulante se apagaba dentro de mí, apreté los brazos alrededor del pecho. *Esta es mi oportunidad*, pensé para mis adentros. Podía contarle a ella sobre Will... confesarle cómo me había arriesgado aquel día dentro de la caverna con él... y cuánto me estaba arriesgando en ese mismo instante. Podía decirle toda la verdad en aquel baño inmundo. Tamara me miró con los ojos entornados.

—¿Te pondrás bien? ¿Quieres que llame a mamá?

Consideré lo que me preguntaba, y más todavía. Como, por ejemplo, qué diría mamá si yo le contara todo. ¿Qué haría? Y enseguida me respondí: nos sacaría de la escuela, pero no nos llevaría de regreso a la comunidad. Claro que no. Ella nos mudaría a alguna otra ciudad, a otra escuela en medio de otro desierto. Una semana después, yo estaría repitiendo ese desdichado primer día otra vez, sufriendo el calor y el clima en otro sitio, sin un chico hermoso y excitante alrededor. Un chico que con su sola presencia había revitalizado a mi dragón: esa parte de mí que no se había sentido viva desde que dejamos las montañas. ¿Cómo podía alejarme de eso? ¿Y de él?

Tamara me examinó mientras con una sacudida se quitaba la brillante melena de los hombros.

—Creo que ya estás bien —afirmó, apuntándome con el dedo—. Pero mantente lejos de él, Jacinda. Ni siquiera lo mires. Al menos, no antes de que hayas logrado un mejor dominio de ti misma. Mamá dijo que no tendría que pasar demasiado tiempo antes de que...

Debió haber visto algo en mi rostro, pues desvió la mirada hacia otro lado.

—Lo siento —masculló. Dijo eso porque es mi hermana y me quiere, no porque lo sintiera de verdad. Ella deseaba ver muerta mi parte draki tanto como mamá. Me quería normal, como ella. Para que pudiéramos llevar las dos juntas una vida común y hacer actividades como ser porristas.

Sentí retortijones en el estómago y tomé los libros de las manos de Tamara.

–Se nos hizo tarde.

–Nos van a perdonar. Somos nuevas.

Asentí mientras retorció la tapa, ya muy castigada, de mi libro de geometría.

–¿Nos vemos en el almuerzo?

Tamara se acercó al espejo para arreglarse el pelo.

–No olvides lo que te dije.

Me detuve y observé su hermoso reflejo. Era difícil creer que yo fuera la hermana melliza de una criatura tan refinada.

Ubicó sobre el hombro un mechón perfecto de su pelo rojizo con reflejos dorados, con la punta curvada ligeramente hacia adentro.

–No te acerques a ese tipo.

–Bueno –repuse, pero ni bien salí al corredor desierto, eché un vistazo a ambos lados, observando y buscando. Con ansia y temor.

Pero él ya no estaba allí.